

# DE DOS IMPOSIBLES OLVIDOS: ONTOLOGÍA FENOMENOLÓGICA E INMANENCIA SUBJETIVA EN “LA ESENCIA DE LA MANIFESTACIÓN” DE MICHEL HENRY

ON THE IMPOSSIBLE OBLIVIONS: PHENOMENOLOGICAL ONTOLOGY AND SUBJECTIVE IMMANENCE IN MICHEL HENRY'S “THE ESSENCE OF MANIFESTATION”

Jaime Llorente Cardo<sup>1</sup>  
IES Campo de Calatrava (Ciudad Real)

Recibido: 19/ 4/ 16  
Aceptado: 31/ 5/ 16

---

## 1. Introducción: el doble horizonte trascendental de todo ser

En su primera y fundamental obra *L'essence de la manifestation*, Michel Henry persigue, ante todo, localizar el último fundamento fenomenológico -el por él explícitamente llamado “horizonte fenomenológico universal”- en cuyo interior tiene lugar la efectiva donación de todo aquello que aparece ante nuestra percepción como “existente” *tout court*. Este proyecto de localización coincide, por tanto, con la tarea de remontarse fenomenológicamente hasta el origen, con la pretensión de acercamiento al éskhaton originario al cual remite en último término todo fenómeno susceptible de manifestarse en el dominio acotado por la fenomenalidad en general. En esta fase aún temprana de su pensamiento, el fenomenólogo francés distingue dos posibles tipos de horizonte

1. (jakobweinendes@gmail.com) Profesor y director del Departamento de Filosofía del I.E.S. “Campo de Calatrava” (Ciudad Real: España). Licenciado en Filosofía (Universidad de Valladolid), Licenciado en Antropología social y Cultural (U.N.E.D), Licenciado en Humanidades (Universidad de Castilla-la Mancha), Grado en Geografía e Historia (U.N.E.D.). Certificado en suficiencia investigadora por la Universidad de Valladolid. Profesor y director del departamento de Filosofía del I.E.S “Campo de Calatrava” (Ciudad Real). Funcionario de carrera perteneciente al cuerpo 590 (especialidad 001: Filosofía) desde 1998. Sus últimos estudios publicados han sido “Un tiempo al margen de la memoria. Sobre la relación entre historia y subjetividad en el pensamiento de Emmanuel Levinas”, *Diálogo filosófico*, Nº 87, 2013, y “La política del acontecimiento. El “nacional-socialismo privado” de Heidegger como totemismo ontológico”, *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, Nº 49, 2013.

fenomenológico primigenio: aquel que, siguiendo las huellas del pensar heideggeriano, identifica el origen de toda mostración y de todo aparecer con la apertura de un medio ontológico radicalmente previo a toda captación de elementos ónticos determinados y concretos (entes, cosas), y aquel otro horizonte subjetivo, inmanente e invisible que jamás se manifiesta en la exterioridad del mundo objetivo pero que subyace de modo originario a todas las experiencias perceptivas propias de la “conciencia natural”. El primero de estos horizontes fenomenológicos originales es identificado de forma explícita por Henry con el “pensamiento del Ser”, es decir, con la reflexión acerca de la condición ontológica de posibilidad de aparición de todo ente concreto. De este modo, la fenomenología devendría, contemplada a esta luz, “ontología fenomenológica universal” situada en un plano de radical anterioridad con respecto a todas las ciencias particulares que toman como objeto temático de consideración diversas regiones “ónticas” de lo real, y también con respecto a todas las ontologías regionales que examinan categorialmente algún ámbito determinado de lo efectivamente existente.

El segundo, por su parte, constituye la manifestación de aquello a lo que Henry llama “la esencia”, entendiendo por ello la interioridad o mismidad subjetiva originaria y trascendental que se hurta permanentemente al horizonte marcado por el aparecer de los elementos mundanos “objetivos”. Contemplada desde el punto de vista de este último horizonte interno, la fenomenología se constituiría como una suerte de “rememoración” de la inmanencia absoluta que permanentemente “acompaña a todas mis representaciones” (como la apercepción trascendental kantiana), pero que de ordinario queda oculta tras el contenido “óntico” perceptivo propio de éstas. Se trataría, pues, de una ipseidad absoluta cuyo modo de donación o manifestación jamás se patentiza en el contexto de aquella apertura ontológica universal posibilitada por el “horizonte fenomenológico universal” del Ser al que nos referíamos anteriormente, sino que únicamente despliega su modo propio de fenomenicidad en el ámbito replegado y “nocturno” de la interioridad trascendental subjetiva. Es por ello que, apuntando programáticamente hacia la significación propia de *L'essence de la manifestation*, Henry indica con explicitud:

Arrancando la existencia del medio absoluto de la exterioridad, las presentes investigaciones quieren llamar la atención sobre el carácter “subjetivo” de esta existencia; nos invitan a preguntarnos si no conviene hoy volver a dar un sentido al concepto de “vida interior”.<sup>2</sup>

2. Henry, M.: *La esencia de la manifestación*. Salamanca: Sígueme, 2015 p. 62.

Ambos horizontes de manifestación mantienen, a pesar de su radical heterogeneidad ontológica y fenomenológica, un punto de tangencia común: se trata de dos raíces originarias de todo lo ulteriormente dado a la percepción que, no obstante, en virtud de ese mismo carácter fundacional y primigenio del que se hallan comúnmente investidas, contienen en su propio seno el germen de su ocultación, preterición y olvido por parte de aquella misma conciencia que contribuyen decisivamente a tornar posible. Pertenece constitutivamente a la esencia del Ser que posibilita la epifanía de todo ente resultar eclipsado por este mismo acto de aparición de lo concreto y mundano, de modo análogo a como la "esencia" permanece habitualmente oculta tras la doble urdimbre tejida por sus propios "estados de conciencia" y por los contenidos perceptivos de orden "óptico" que se dan en ella. Y, sin embargo, estas dos modalidades de olvido favorecidas ambas por la propia naturaleza de aquello que tiende a ser foslayado, cuentan ambas con la particularidad de no poder resultar olvidadas en sentido radical. En tanto que constituyen los dos horizontes últimos de toda experiencia y de toda conciencia en general, han de ser necesariamente presupuestos -bien sea de forma difusa o inconsciente- por toda percepción referida a objetos y, por tanto, por todo discurso descriptivo acerca de lo real. Trátese éste del discurso referido a la exterioridad del mundo objetivo (el de las ciencias naturales, por ejemplo) o de aquel cuyo correlato lo constituyen las estructuras propias de la interioridad subjetiva (el propio, pongamos por caso, de la psicología). De este modo, el olvido del ser y el de la immanencia subjetiva se muestran como modos de olvido tan inevitables como, en última instancia, imposibles.

La originalidad de la fenomenología henryana temprana (así como de sus reelaboraciones posteriores) estriba fundamentalmente en haber sido capaz de unificar estas dos instancias fenomenológicas originarias fusionándolas en una sola. Esto sucede merced al postulado según el cual al Ser únicamente le resulta posible darse o "ser" propiamente porque la posibilidad más propia de la immanencia subjetiva consiste en llegar a sí misma, en darse de tal modo autónomo que este acto de proto-afirmación coincide con la estructura originaria del Ser mismo. Según Henry, se da una originaria unidad que liga la donación del Ser y el acto por el cual la immanencia obra sobre él, de modo que el acontecer ontológico que permite la aparición del horizonte en cuyo interior moran los entes mundanos y el acontecimiento original de la posición de la immanencia subjetiva se mues-

tran como un mismo y único evento original.<sup>3</sup> Esta unidad resultante de la identificación entre inmanencia y Ser permite rescatar *d'un seul coup* a ambos del olvido al cual propenden. No resultaría ya preceptivo proceder a una rememoración o *An-denken* del Ser que contrapesase en cierto modo el *Seinsvergessenheit* heideggeriano operado históricamente por la metafísica onto-teo-lógica y por la filosofía de la subjetividad, y, eventualmente, revivificar de modo paralelo el recuerdo de la inmanencia subjetiva trascendental oscurecido por el pensamiento objetivista centrado en la exterioridad (una empresa, por lo demás, netamente opuesta al proyecto de Heidegger). La rememoración y puesta de relieve del carácter absolutamente originario de una inmanencia que coincide puntualmente con el darse mismo del Ser constituiría ya por sí misma un acto de neutralización simultánea de dos modos distintos de olvido que resultan ser ahora y en último término el mismo.

Constituye el objeto del presente estudio mostrar en qué términos concretos resulta imposible cada uno de estos dos olvidos del origen, así como determinar en qué medida la temprana fenomenología elaborada por Henry supone una pregnante contribución a fijar el estatuto y los fines propios de una posible ontología fenomenológica en cuyo seno son rememorados simultáneamente tanto el Ser como la subjetividad trascendental con la cual éste forma una unidad ontológica indisoluble. Ambos constituirían conjuntamente el auténtico y genuino origen que se halla en el fundamento último de las pretensiones propias de toda reflexión ontológica.

## 2. El imposible olvido del horizonte fenomenológico universal

En su primera obra, Henry sigue muy de cerca las coordenadas heideggerianas en lo referente al planteamiento de la cuestión del “olvido del Ser”. También para él, como para el pensador de Messkirch, las verdades de orden predicativo presuponen en todo momento verdades de carácter óntico cuyo referente ontológico lo constituye el aparecer de los objetos o “entes” a los cuales aquéllas remiten o que son denotados por ellas. Sin

3. Esta es la razón por la cual J. R. Fernández indica que «Inmanente es la esencia de la manifestación en tanto que tal esencia es de consuno el modo como la manifestación se realiza y aquello mismo que en esa manifestación se hace patente. La esencia de la manifestación es inmanencia porque ella esencia manifestándose a sí misma. Es decir, que la esencia de la manifestación no se trasciende a sí misma para mostrarse sino que ella es, a la vez y en esencial unidad, lo mostrado y cómo se muestra lo mostrado» (Fernández, J. R.: “El problema de la noción de inmanencia en Michel Henry” en *Daímon. Revista de Filosofía* Suplemento 1, 2007, p. 167).

embargo, tal manifestación óptica presupone, a su vez, una apertura ontológica previa que posibilita el aparecer mismo de todo ente susceptible de recibir verdades predicativas en general. Se da, por tanto, una verdad antepredicativa que precede a toda posibilidad de establecer juicios acerca de entes concretos y a estos mismos entes en cuanto tales. Este ámbito abierto que precede a la manifestación de los entes y la torna posible no es ella misma un ente, sino el acontecimiento universal del Ser que jamás se presenta como correlato de un acto intuitivo, sino que funda toda posibilidad de representación de objetos mundanos por parte de una conciencia perceptiva:

La apertura de este medio es el carácter de abierto del ser. Sólo porque el ser está des-velado puede el ente manifestarse. Toda verdad predicativa remite a una verdad óptica, y ésta, a su vez, a la verdad ontológica.<sup>4</sup>

No obstante, como ya había enfatizado Heidegger, el punto de vista ontológico que toma como “objeto temático” de su meditación el Ser considerado al margen de los entes concretos resulta arduo de mantener. Ello se debe a nuestra constitutiva tendencia a orientarnos exclusivamente por el atenimiento a los objetos concretos que constituyen ordinariamente la materia de nuestra experiencia habitual y cotidiana. La firmeza y seguridad que nos brinda de modo usual el trato con estos contenidos ópticos de nuestra percepción corriente aparece, así, como la auténtica contrafigura del vértigo ontológico derivado de una hipotética exposición a un Ser puro desprovisto de asideros ópticos a los cuales nos sea dado remitirnos y aferrarnos a modo de puntos de anclaje existenciales. A ello se refiere Henry cuando escribe que:

Estamos tan profundamente apegados a las cosas de la tierra, a los contenidos singulares de nuestra experiencia, que no nos parece que tengamos en otra parte residencia propia y que nos está reservada. Tal residencia, es cierto, sólo se obtiene mediante la renuncia; en ella reina el despojamiento absoluto, fuente de nuestro espanto.<sup>5</sup>

4. Henry, M.: *La esencia cit.*, p. 34-35. Como indica concisamente O’Sullivan: «*Henry’s phenomenology wishes to step beyond being as a foundation to the event that allows such a state to appear. Henry depicts a specific state of receptivity that allows for the essence of manifestation to receive itself*» (O’Sullivan, M.: *Incarnation, Barbarism and Belief. An introduction to the work of Michel Henry*. Bern: Peter Lang, 2006 p. 39).

5. Henry, M.: *La esencia cit.*, p. 35.

Este tácito pánico a lo ontológicamente abstracto y vacío de contenido concreto se halla en la raigambre más profunda del “olvido del Ser” por parte del pensamiento ontológico occidental, el cual secunda con ello cada temor individual a hallarse expuesto a una instancia que ejemplifica lo absolutamente opuesto a toda seguridad y a toda estabilidad que permita la orientación y residencia firme en el marco de lo real. Como consecuencia de ello, la filosofía de Occidente extravía tempranamente su mirada, inicialmente orientada hacia esa apertura indeterminada del Ser sin entes, y recae en la ceguera ontológica que supone el situarse en el mismo plano perceptivo que la conciencia habitual exclusivamente dirigida hacia los entes concretos que pueblan el horizonte de lo mundano. De este viraje de la atención perceptiva suministran cumplido testimonio tanto el atenimiento a las ontologías regionales centradas en algún tipo de ente concreto, como el sesgo onto-teo-lógico característico de la metafísica tradicional. En virtud de este último, la indagación relativa al Ser en general se transmuta en reflexión acerca del ente que ejemplifica *modo eminentiori* el carácter de existente, esto es, aquel ser que posee el Ser en sentido propio y eminente, el ser supremo: Dios. Ello sucede con independencia de que el planteamiento ontológico y gnoseológico de fondo asuma los ropajes del realismo aristotélico-tomista o los propios del idealismo problemático cartesiano y dogmático berkeleyano. En todos estos aparentemente heteróclitos casos la búsqueda del *summum ens* acontece ya a espaldas de la experiencia originaria suministrada por la donación del Ser en su prístina pureza no óptica. “Sucumbir a la tentación del ente” llevando tal claudicación hasta los límites del pensar onto-teo-lógico supone, pues, conforme a nuestra interpretación, una suerte de “olvido voluntario” (aunque no totalmente consciente) en virtud del cual la renuncia a la experiencia del Ser es llevada a cabo por incapacidad para tolerar su mostración transida de incertidumbre e inconstancia. Esta incapacidad perceptiva constituiría, por tanto, la fuente y raíz última de la cual deriva el concepto ontológico-metafísico de Dios entendido como *Grund* o “fundamento” supremo.

A esta luz, la primera tarea de una ontología fenomenológica consciente de sí misma y de su “objeto” o correlato de reflexión habría de consistir en un acto de reubicación de la mirada teórica que desgajase a ésta de su atención exclusiva a los entes mundanos para elevarla nuevamente hasta el horizonte indeterminado merced al cual tiene lugar el evento de la donación originaria que posibilita en general la aparición de algo así como “un mundo”. Es por ello que Henry indica que «El trabajo metodológico de la fenomenología se comprende como el de una elucidación».<sup>6</sup> En este

6. *Ibidem*, p. 141.

contexto, “elucidar” significa, conforme a su raigambre etimológica, “sacar a la luz” aquello que se encuentra oculto o sumido en sombras: traer a la luminosidad del fenómeno aquello que se retrae a la mirada o no se muestra de modo plenamente visible. En este caso, se trataría de tornar plenamente patente esa donación del Ser que acompaña de forma constante a toda percepción de un ente, pero que queda encubierta y velada a ojos de la conciencia natural sumida en el trato cotidiano con las cosas. Tal acto de elucidación operado por la conciencia fenomenológica y que constituye la tarea propia de ésta, lejos de ser el responsable último de que el Ser se manifieste de forma efectiva, ha de presuponer en todo momento la originaria manifestación del Ser que acontece siempre de forma simultánea a la captación de cualquier ente determinado, con independencia de que ella resulte claramente percibida por el sujeto o no. La epifanía del Ser tiene lugar al margen del trabajo metódico propio de la ontología fenomenológica, constituyendo la tarea de ésta su simple aclaración y puesta de relieve en la primera línea del horizonte perceptivo:

La manifestación del ser, lejos de poder ser una mera consecuencia del trabajo metodológico de elucidación de la fenomenología, es, por el contrario, condición de ésta, igual que es la condición de toda manifestación posible de un ente cualquiera en general.<sup>7</sup>

La obra de donación del Ser no depende, pues, del trabajo teórico de la ontología fenomenológica, sino que acontece de modo inmediato y originario en calidad de acto de manifestación efectivo dado de forma pura y absoluta con radical anterioridad a cualquier consideración de orden reflexivo o metodológico. En esto no se distingue de la inmediatez y universalidad con las cuales se da y ha de ser presupuesta por la conciencia prerreflexiva y natural que tiene que habérselas habitualmente con los entes del mundo a los cuales tal donación brinda la posibilidad de manifestarse. Esto significa fundamentalmente que la donación o manifestación del Ser reviste siempre un carácter absolutamente originario que no resulta posible suspender o soslayar en momento alguno. De hecho, incluso para claudicar y ceder a la “tentación del ente”, la conciencia perceptiva debe ya necesariamente presuponer la mostración del Ser que hace posible la aparición de ese mismo ente. Aquí radica la imposibilidad “real” del “olvido ontológico” al cual nos referíamos al comienzo. Cuando la conciencia natural se deja absorber por los entes mundanos, el aparecer del Ser está ya dado e incluido necesariamente en esos mismos objetos en los

7. Ídem.

que la conciencia se abisma y en el horizonte fenomenológico al cual ellos remiten inevitablemente.<sup>8</sup> Es el propio Ser el que, en última instancia, faculta a la conciencia ingenua natural para que pueda erigirse como tal, es decir, para que pueda dedicarse en exclusiva a la atención de los entes. La conciencia natural debe su propio estatus al “Ser” sin ser ella misma plenamente consciente de tal hecho. Mientras se mueve en medio del ente mundano vive permanente e inadvertidamente en presencia de ese Ser que no es capaz de intuir de modo aislado y directo. Al relacionarse con lo determinado, lo finito y lo relativo, la conciencia lo hace de modo tácito también con lo absoluto y originario, con la presencia insoslayable del Ser:

La manifestación del ser es la manifestación de lo absoluto, la manifestación de lo absoluto es su absolutez. La absolutez de lo absoluto es la Parusía. Desde el momento en que se relaciona con el ente, la conciencia natural debe mantenerse en la Parusía; es ya el conocimiento absoluto.<sup>9</sup>

Así, la epifanía del Ser originario no es un acto que la conciencia natural capte de modo ocasional o eventual, sino un acontecimiento que no se encuentra esencialmente separado de ella misma y de su condición de conciencia sumida en la aparición de los entes concretos. La conciencia orientada hacia la finitud vive simultáneamente en la perpetua presencia de lo Absoluto *sans le savoir*, puesto que ella misma constituye, según Henry, “la manifestación del ser”. De ello se deriva el hecho de que la conciencia no precise de movimiento alguno que pudiese situarla en la proximidad del Ser originario, sino que se halla ya desde siempre y por esencia junto a él y referida a su manifestación desde el mismo momento en que se refiere a un ente particular cualquiera. La conciencia se encuentra ubicada de modo inmediato en la Parusía del Ser en cuanto ésta es radicalmente originaria, al margen de que ella lo sepa o no, lo acepte o no, dado que tal localización primigenia se halla inserta de modo constitutivo en su propia

8. En referencia a la relación de Henry con la ontología heideggeriana, García Jarama apunta que: «también Henry denuncia el olvido trágico del ser, recoge además su distinción entre el plano óptico y el nivel ontológico, para moverse finalmente en este último [...], pues de lo que se trata en ambos casos es de recuperar el problema del ser como el problema central a elucidar, el único de la filosofía, en vez de permanecer sujetos a cualquier otra realidad particular [...]. El sentido de la crítica de la filosofía de la conciencia mira a la purificación ontológica de sus principios, que piensa como realidades o procesos de orden óptico: la alteración que sufre la esencia no es sino su «entización» [...], es decir, su reducción al orden óptico, al ámbito de la objetividad, lo cual es imputable a la conciencia natural» (García Jarama, J. C.: *Finitud, carne e intersubjetividad. La estructura del sujeto humano en la fenomenología material de Michel Henry*. Toledo: Instituto teológico San Ildefonso, 2007 pp. 121-122).

9. Henry, M: *La esencia cit.*, p. 143.

esencia. Esta inmediatez de la presencia del Ser contenida en la inmediata manifestación de todo ente, implica que la mostración del Ser acontece de modo originario (es decir, carente de toda mediación) y nunca como resultado de algún tipo de proceso o acontecer sucesivo, el cual habría de presentar, por definición, un carácter mediado.

Por ello, si el aparecer del Ser ha de ser seriamente considerado como un acto originario e inmediato que posibilita la manifestación de los entes individuales, ello implica la prioridad absoluta de la presencia del Ser mismo (sin entes) con respecto a la mostración de cada ente particular. Lo que original y primeramente se muestra no es el ente, sino el Ser; solamente en una suerte de "momento secundario" o "subsiguiente" en el orden de la percepción (derivado del anterior) comparecen los objetos mundanos que se muestran en el interior del horizonte fenomenológico universal abierto previamente por la manifestación originaria del Ser. Esta prioridad radical del Ser testimonia, al decir de Henry, la naturaleza claramente ontológica de lo originario, mientras que la manifestación -igualmente originaria- de éste atestigua, por su parte, su esencia fenomenológica.<sup>10</sup> La conjunción y articulación entre estos dos rasgos constitutivos de lo originario justifica y fundamenta la posibilidad misma de un ontología fenomenológica en cuanto tal:

Que el ser-presente mismo y como tal sea lo que primero está presente, atestigua *el carácter ontológico del origen*. Que el ser-presente, que constituye el origen, esté justamente presente, es decir, se manifieste, atestigua *el carácter fenomenológico del origen*. La comprensión del carácter ontológico y fenomenológico del origen nos permite captar la significación de la proposición según la cual la manifestación del ser es originaria.<sup>11</sup>

Ahora bien, ¿en qué medida es posible el fenómeno del olvido cuando de lo que se trata es de un acto de donación absolutamente originario y radicalmente inmediato? ¿Se halla realmente la conciencia natural en disposición de olvidar de modo efectivo aquello a lo que se halla originalmente expuesta y que constituye su esencia más propia? Si verdaderamente, como apunta Henry, la conciencia se encuentra siempre, en virtud

10. El propio Henry advierte de que: «La tarea de captar el fundamento es [...] la de la ontología. La ontología sólo está a la altura de su tarea en el respeto al origen» (*Ibidem*, p. 170).

11. *Ibidem*, p. 144. A este respecto, observa M. Lipsitz: «La crítica henryana a la ontología significa: la exigencia intransigente de expulsar la determinación fuera de la esencia de la manifestación. Pero también la exigencia del carácter absolutamente fenomenológico del fundamento: ser es, en Henry, aparecer, pero aparecer de tal modo que lo que aparece en él es ante todo el puro aparecer considerado como tal y desprovisto de toda determinación óptica» (Lipsitz, M.: "Ontología y fenomenología en Michel Henry" en *Enfoques: revista de la Universidad Adventista del Plata* 2, 2005, p. 157).

de su propia esencia, en la verdad ontológica antepredicativa y previa a la captación de lo óntico, no le está dada la posibilidad de aislarse en modo alguno de ella o de rehuirla totalmente. En este sentido radical, el olvido del Ser resulta imposible por contradictorio con la propia naturaleza más constitutivamente profunda de la propia conciencia en la cual tal olvido habría de tener lugar: «*La conciencia [escribe Henry] no puede olvidar el ser que constituye su esencia misma*». <sup>12</sup> A pesar de preocuparse únicamente por el ente y sólo por él, olvidando y descuidando así el aparecer del Ser que torna factible el aparecer de todo ente, la conciencia natural únicamente puede hacer esto en la medida en que el ente se le manifiesta, y es precisamente en esa manifestación donde el Ser se hace patente ya desde el comienzo. De este modo, la conciencia olvidadiza del Ser, del aparecer de aquello que aparece de forma efectiva, sólo aparentemente vive de espaldas a ese horizonte universal de la manifestación. En realidad, el olvido absoluto, la total preterición del Ser constituye un fenómeno imposible por esencia, dado que, como apunta certeramente el propio Henry, «*El ser no ha dejado ni un instante de mostrarse a la conciencia natural en el mismo momento en que de ella se dice que lo “olvida”*». <sup>13</sup>

El ser se manifiesta en todo instante en y ante la conciencia aparentemente abismada de modo exclusivo en el ente sin que este perpetuo e inevitable aparecer precise de alteración o cambio sustancial alguno en la estructura vital de ésta. A lo sumo, es posible que la conciencia natural se vea afectada por un simple acto de redirección de la mirada perceptiva al cual Henry se refiere mediante el término “inversión”. Se trataría de un modo de desplazar simplemente la atención de la conciencia (tal vez podría decirse, al modo husserliano, de la “noesis intencional”) desde los entes que ordinariamente la colman en exclusiva hasta el acontecimiento ontológico originario y universal gracias al cual tales entes aparecen y se muestran en general. Un tránsito, pues, desde lo que se muestra hasta el fundamento constituido por el mostrarse de eso que se muestra. En virtud de esta simple “inversión” de la conciencia natural a la cual se había ya referido

12. Henry, M.: *La esencia cit.*, p. 145.

13. Ídem.

Heidegger a su modo,<sup>14</sup> la conciencia considera el ente que aparece desde el exclusivo punto de vista de su aparecer. Con ello, la conciencia tiene a la vista solamente el carácter “eventual” contenido en el infinitivo verbal, así como en el participio de presente y el gerundio. Un carácter “eventual” ausente de la “sustancialidad” larvadamente derivada del uso de la tercera persona del singular del presente de indicativo. Merced a la “inversión”, la mirada intuitiva se orienta hacia el acontecimiento mismo de la manifestación -del puro aparecer- en vez de hacerlo hacia lo que se manifiesta de forma determinada y óptica, es decir, se representa lo puramente dado de forma verbal, la manifestación de la manifestación, en vez de aquello que se ofrece “sustancialmente” a la mirada: el ente que se manifiesta.

Mediante este acto de “inversión” la conciencia rememora de modo efectivo el referente originario y último al cual refiere todo lo que se muestra y que constituye también simultáneamente su propia esencia. Es así como resulta conjurado el olvido del origen ontológico y fenomenológico en el cual la conciencia habitual se mueve de ordinario, y como, a la vez, esta conciencia natural accede al genuino y auténtico saber: el saber filosófico. El conocimiento filosófico, esto es, en nuestro contexto, el conocimiento susceptible de ser aportado por una ontología fenomenológica, es considerado por Henry como “verdadero” en la medida en que se muestra como saber referido a la verdad del aparecer y no ya al ente que aparece. Ese conocimiento de la verdad ontológica originaria coincide con la propia presencia de lo absoluto ante sí mismo, dado que supone el conocimiento de la condición previa y radical de todo saber acerca de los entes concretos. En ese sentido es en el que Henry identifica “la Parusía de lo absoluto” con la efectividad del auténtico saber. Así pues, si tomamos como postulado fundamental el hecho de que el Ser es pura manifestación, entonces la “inversión” constituye una mera *metánoia* que atañe exclusivamente a la vida interna de la conciencia y a sus posibles correlatos perceptivos. La manifestación pura del Ser, lejos de constituir una obra operada por la “inversión” que habría de concebirse como una superposición a su esencia efectuada de forma gradual o procesual (el Ser es “primero” para pasar a manifestarse “posteriormente”), aparece como idéntica a la propia esencia del Ser. El Ser y su donación de sí no son diferentes sino un mismo y

14. «Pensar el Ser no requiere de una aproximación solemne y la pretensión de una erudición intrincada [...]. Sólo precisa del mero despertar (*einfachen Erwachens*) en la cercanía de un ente casual e inaparente, un despertar que ve súbitamente (*plötzlich*) que tal ente «es» [...]. A esta esencial no mediada (*unvermittelten*) e inmediata irrupción (*Ein-fall*) del Ser en el ente, el cual, a su vez, sólo así aparece como ente, corresponde por parte del hombre una actitud que no vuelve ya repentinamente como ente, sino que piensa el Ser. Pensar el Ser precisa en cada caso de un salto (*Sprung*) [valdría decir igualmente “inversión”] mediante el cual saltamos a lo abismal desde el acostumbrado fundamento del ente» (Heidegger, M.: *Parmenides*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1992 pp. 222-223).

único acontecimiento: «*La manifestación de sí es la esencia de la manifestación*».<sup>15</sup> Y esta manifestación originaria del Ser no es operada por el discurso fenomenológico u ontológico, sino que aparece como acto derivado de su esencia más propia. Prueba de ello es el hecho de que el pensamiento filosófico presuponga siempre tal donación original captándola en términos de *conditio possibilitatis* última de su propia actividad en cuanto tal. Es por ello que, en alusión a esta “condición radical de posibilidad” que afecta tanto al saber teórico como a la percepción ordinaria de objetos, Henry escribe: «*El objeto de la conciencia universal es más bien la condición de posibilidad de todo “objeto”, como la representación de la conciencia universal es la condición de toda “representación” particular, de todo acto específico que mienta cada vez un “objeto”*».<sup>16</sup>

En esta referencia a la “representación” propia de la conciencia universal como condición de toda representación individual y concreta se contiene ya una referencia al segundo de los olvidos que nos proponíamos elucidar al comienzo: aquel que hace referencia al soslayo de la pura inmanencia trascendental de la conciencia, la cual, al igual que pierde la referencia al Ser al atenerse únicamente a los existentes concretos, se pierde a sí misma en cuanto mismidad auto-afectada y autónoma a través de la consideración exclusiva de sus múltiples representaciones y “vivencias” ocasionadas por la exterioridad: por el ámbito trascendente a su propia interioridad o ipseidad originaria. Examinaremos a continuación en qué términos tiene lugar tal segundo olvido (el olvido de la inmanencia subjetiva) tan inviable e inverosímil como el primero (el olvido ontológico del Ser).

### 3. El imposible olvido de la interioridad inmanente

En *L'essence de la manifestation*, por vez primera, Henry habla del modo de donación de la subjetividad trascendental como de una “revelación” que tiene lugar de forma puramente inmanente, es decir, ante sí misma y con radical independencia del horizonte fenomenológico externo o mundano, esto es, “objetivo”. La revelación propia de la inmanencia acontece en un ámbito radicalmente sustraído a la luminosidad del mundo, es decir, invisible, no dado a la fenomenalidad propia de los objetos externos ni susceptible, por tanto, de darse merced a cualquier clase de intuición. Tal manifestación identificada de modo reiterado por Henry con “lo nocturno” y hurtado a la luz del día, pone en cuestión la preeminencia ontológica de la trascendencia (el modo de darse de la exterioridad objetivo-munda-

15. Henry, M.: *La esencia cit.*, p. 146.

16. *Ibidem*, p. 149.

na) sobre la inmanencia trascendental subjetiva. Esto implica que no todos los fenómenos se dan necesariamente en el seno del horizonte fenomenológico universal abierto por el mundo y los entes que lo habitan, sino que, más acá de ese horizonte, más allá de toda intuición de objetos, late el acontecimiento originario representado por aquello que Henry llamará posteriormente “la inmanencia acósmica auto-afectada en su carne patética”.<sup>17</sup> Este segundo (o primer) ámbito de donación instituye una esfera de reflexión ontológica novedosa y anteriormente desconocida en cuanto que alude a un modo de manifestación que jamás tiene lugar en el territorio acotado por la fenomenalidad externa y visible:

Estas razones se vuelven precisamente comprensibles para el pensamiento que, operando la superación radical del intuicionismo, se muestra capaz de poner en tela de juicio el primado ontológico de la trascendencia. A tal pensamiento se le concede avanzar por una región nueva y, por ello, conferir también a la ontología una nueva dimensión. La luz universal no es la morada de todos los fenómenos. Lo “invisible” es el modo de una revelación positiva y, a decir verdad, fundamental. La ambigüedad de una filosofía de la Noche se disuelve ante la mirada de la reflexión que distingue de la oscuridad que es *patrimonio* de la trascendencia, el primer estremecimiento interior del saber en que, más acá de la luz, éste se *revela* primeramente a sí mismo.<sup>18</sup>

Pero, del mismo modo que el nocturno saber de sí se revela primeramente a sí mismo, también se pierde a sí mismo en su propio acto de objetivación, es decir, en el mismo momento en que abandona su original inmanencia replegada para trascenderse hacia la esfera de los objetos externos. Ante la subjetividad trascendental dada en su auto-donación, esto es, ante la esencia originaria de la manifestación, se abren dos posibilidades: o bien permanecer junto a sí replegada en su radical interioridad e

17. A esta trascendencia con respecto a la intuición óptica es a la que se refiere Lipsitz cuando escribe que: «el intuicionismo se caracteriza por apuntar siempre a alguna estructura *determinada* del ser y en ella a un ser *determinado* al que intentará traer a la luz con sus caracteres específicos. Incluso el ego, que no es más que un ser determinado que se presenta como fundamento del ser en general, apoya su preeminencia en la filosofía moderna en su carácter óptico y en modo alguno en su estatuto ontológico que, por no ser nunca interrogado, permanece en el misterio [...]. Esta incapacidad de *superar la determinación* hace que *la finitud sea el ámbito natural de la problemática intuicionista*» (Lipsitz, M.: “Michel Henry y la crítica del intuicionismo” en *A Parte Rei. Revista de Filosofía* 10, 2000, p. 2).

18. Henry, M.: *La esencia cit.*, pp. 60-61. De ahí la paradoja capital de la ontología fenomenológica y la posibilidad de que ésta rescate a la subjetividad de su olvido: «*Qu’elle [la subjetividad] ne soit jamais vue, que le principe de toute phénoménalité ne se phénoménalise jamais en elle et lui demeure au contraire étranger, c’est là le paradoxe de la phénoménologie, ce qu’on désigne pudiquement comme l’“anonymat” de la vie transcendente [...]. La phénoménologie s’est cependant assigné pour tâche de lever cet anonymat*» (Henry, M.: *Phénoménologie de la vie II: De la subjectivité*. Paris: PUF, 2003 p. 43).

identidad, o bien separarse de sí misma al dirigirse hacia la exterioridad. Esta segunda opción, merced a la cual la inmanencia subjetiva se pierde a sí misma, constituye el germen original del olvido de sí al cual Henry se refiere en los siguientes términos:

La esencia originaria de la manifestación sólo puede, por tanto, permanecer en la noche de su inconciencia original o perderse en el objeto. En el objeto, la esencia de la manifestación se realiza, pero precisamente perdiéndose [es decir, olvidándose de sí misma]. El aparecer de la conciencia en la objetivación es su propio desaparecer.<sup>19</sup>

Así pues, la conciencia trascendental se olvida de su propia esencia en tanto que mismidad auto-afectada al prestar atención a las percepciones procedentes de los objetos externos, de modo análogo a como el Ser es olvidado a favor de la atención prioritaria a los entes concretos. Al atender a la percepción de un objeto cualquiera, la conciencia descuida la captación de sí misma hasta llegar a olvidar que ella constituye la condición de posibilidad universal y originaria de toda posible representación de objetos en general. Se impone, pues, como nueva tarea de la fenomenología, una rememoración teórica de este presupuesto capital que se halla en el fundamento de cualquier posible experiencia de lo real percibido.

Pero elucidar correctamente las formas y razones de este olvido implica la comprensión misma de la naturaleza de la mismidad subjetiva. El principal rasgo distintivo de ésta es que la ocultación que favorece su ulterior olvido no es un atributo casual o contingente, sino que pertenece de modo constitutivo a la propia estructura interna de la inmanencia. Lo esencial de la “esencia” subjetiva, de la revelación originaria a sí por parte de la conciencia, reside en la tendencia a permanecer cabe sí misma, en su propia interioridad, no avanzar hacia la exterioridad trascendente a ella y, por tanto, no mostrarse jamás en el modo de fenomenalidad propio de esta exterioridad mundana. Henry habla al respecto de “pudor” de esa esencia originaria del aparecer que se retrae ante la objetividad del mundo y que, en virtud de este carácter elusivo, se encuentra permanentemente ausente de ella. El ocultamiento característico de la inmanencia obedece a esa refractariedad intrínsecamente suya a mostrarse en el modo de donación propio del horizonte de exterioridad marcado por el mundo objetivo:

Porque esta no pertenencia, la no manifestación de la esencia en la manifestación del horizonte y del mundo, está incluida en su estructura, en el acto de la esencia de contenerse originalmente en ella, el ocultamiento no concierne solamente a la esen-

19. Henry, M.: *La esencia cit.*, p. 127.

cia: es su obra. Por esa razón también ella no es accidental, ni provisional y no puede ser sobrepasado. La idea de una manifestación de la esencia en el mundo es por principio absurda. El ocultamiento está inscrito en la esencia como lo que ella es, le sobreviene por su propia voluntad. Por eso también se produce necesariamente y no cesa de producirse en ella [...]. *La ausencia es la ausencia de la esencia original de la presencia, ausencia querida y prescrita por ella.*<sup>20</sup>

Puesto que la immanencia subjetiva se inhibe y prescinde de su manifestación en el mundo de la exterioridad por su misma esencia, resultando así hurtada a la mirada e invisible, su donación cae inevitablemente en el olvido por causa de esta misma naturaleza suya consistente precisamente en el ocultamiento. Pero, ¿en qué consiste, propiamente hablando, el carácter esencial de tal olvido? Al decir henryano, resulta decisivo poner de relieve el carácter no meramente negativo propio del olvido, esto es, su naturaleza positiva. Esta "positividad" del olvido significa que su contenido, lo olvidado, no se muestra en términos de simple ausencia o falta cuyo referente fuese una cierta "nada", sino que se da como un "objeto" de recuerdo y rememoración que, si bien no se halla ya efectivamente presente, continúa manteniendo un tipo privativo de relación con lo actualmente dado por vía de la posibilidad de esta rememoración misma que constituye su "existencia ideal". El olvido reviste un carácter positivo en la medida en que remite permanentemente a su contrario, al recuerdo. Sin embargo, lo olvidado no se circunscribe necesariamente a ese recuerdo que lo conferiría a un tiempo pretérito ya "superado" y dejado atrás, dado que en ocasiones el elemento olvidado continúa hallándose presente, junto a nosotros, si bien de forma habitualmente inadvertida.

Esta presencia tácita de lo esencial (en nuestro caso, de la immanencia subjetiva originaria entendida como esencia de la manifestación) que se identifica con "la esencia universal y siempre presente de la presencia" es justamente aquello que es olvidado en el olvido. Pero, tratándose del presupuesto último de toda manifestación y todo aparecer, es decir, de lo máximamente presente, ¿cómo es posible que esta "esencia" pueda ser olvidada de algún modo? La respuesta de Henry es simple: "no pensando en ello". El olvido absoluto se revela, pues, también en esta ocasión, como efectivamente imposible. Olvidar la immanencia absoluta como horizonte de toda manifestación resulta únicamente factible cuando este olvido se superpone a un trasfondo en el cual se halla presente de modo permanente esa immanencia en la cual, no obstante, dejamos de reparar de ordinario. El propio acto de preterir la subjetividad trascendental auto-afectada (la "esencia") y no apercibirse de su perpetua parusía constituye el olvido mis-

20. *Ibidem*, p. 369.

mo. Una vez más, como en el caso del olvido ontológico del Ser, el olvido y la hipotética rememoración de lo olvidado constituyen actos del pensamiento o estados de la atención “intencional” (dotados de un grado más o menos intenso) que la conciencia dirige hacia su correspondiente correlato “noemático”: en el presente caso, ella misma.

El olvido de la esencia originaria e inmanente de la manifestación es idéntico, desde el punto de vista de la conciencia, al hecho de evitar pensar con atención en esta esencia que el propio ser de la conciencia presupone en todo momento, que se halla perpetuamente junto a ella y que posibilita su propia existencia: su modo de darse en cuanto tal:

¿Qué pensamiento no piensa en la esencia que lo hace posible? ¿No es el de la conciencia natural que se consagra al ente? Porque tal conciencia define un modo determinado de la existencia y lo constituye, a él remite manifiestamente el olvido de la esencia; su formación presupone la existencia libre y ella aparece como contingente.<sup>21</sup>

En el seno de este estado de cosas, el conocimiento filosófico (fenomenológico) actúa como lo que Henry llama un “Re-memorial” merced al cual la presencia del aparecer originario del Ser y de la inmanencia es rescatada del estado de latencia u olvido en el que se mantiene ordinariamente en la conciencia natural. La tarea fundamental de la ontología fenomenológica consiste precisamente en esta empresa de rememoración que atestigua por sí misma la permanente posibilidad de que la conciencia que olvida el origen en virtud de su propia esencia, se encuentre siempre en disposición de recuperar esa apertura a lo originario e inmediato que la define en última instancia. Así es como la conciencia y el pensamiento vertidos en dirección a la exterioridad del mundo por su propia naturaleza interna, experimentan siempre, sin embargo, el horizonte absoluto de la inmanencia -la esencia de todo manifestarse- en el mismo acto por el cual éste se evade y se hurta a ellos propiciando así su olvido. El pensamiento natural vive, pues, en el medio de la exterioridad, pero presiente oscuramente que éste no constituye su “objeto” primordial y último de referencia. Intuye de modo difuso que la exterioridad del mundo le sustrae a la mirada (le oculta) la condición de posibilidad última que permite el darse de esa exterioridad misma. El pensamiento natural olvida la inmanencia pura de la subjetividad auto-donada *«porque el pensamiento se dirige hacia la*

21. *Ibidem*, p. 371.

*exterioridad fuera de la cual se mantiene, en razón de su estructura misma, la esencia original de la presencia pura, la inmanencia».*<sup>22</sup>

Por esta razón, el olvido de la immanencia en el que el pensamiento se mueve habitualmente no puede transmutarse en su extremo opuesto, es decir, en el “Re-memorial” susceptible de suspender y disolver tal olvido. Esta rememoración, en cuanto que sigue orientándose hacia el horizonte trazado por la exterioridad, resulta incapaz de hallar la *conditio possibilitatis* inmanente que hace a ésta posible. De este modo, el pensamiento incurre en el más hondo de los olvidos en el mismo instante en el que trata de superar el olvido de la “esencia” subjetiva dirigiéndose hacia un modo de captación “no-temático” presidido por la atención a la trascendencia del horizonte ontológico que posibilita todo aparecer concreto. Así, desde la perspectiva de la immanencia originaria, la rememoración del Ser cae en el mismo acto de soslayo llevado a cabo por la conciencia natural que ignora el aparecer a favor de lo que aparece. Esto arroja como resultado el hecho de que el olvido, si ha de remitir a “algo” en virtud de esa “positividad” suya antes aludida, es olvido por parte del pensamiento de algo con lo que éste mantiene algún tipo de relación, puesto que de lo contrario el olvido no podría siquiera producirse. Es en este contexto en el cual Henry cuestiona: «¿Qué es lo que vincula el pensamiento a la esencia de manera que pueda decirse, en el desconocimiento de este vínculo, que “la olvida”»? Y, teniendo en cuenta que la esencia lo es del propio pensamiento y constituye su condición última de posibilidad, responde: «*Lo que olvida el pensamiento de la exterioridad cuando no da con la esencia que se mantiene fuera de él, es a sí mismo*».<sup>23</sup> Así pues, aquello que el pensamiento olvida es el pensamiento (trascendental) mismo, su propia esencia: el olvido fundamental susceptible de ser imputado al pensamiento no es sino el olvido de sí, el olvido de la immanencia radical.

La interioridad trascendental auto-afectada incurre en el olvido de sí por causa, indica Henry, de su propia opacidad que le oculta su esencia más propia. Así es como el pensamiento, dado que es incapaz de suprimir este carácter opaco que lo define, experimenta este olvido como olvido de su propia naturaleza por parte de sí mismo. Pertenece constitutivamente a la esencia misma de la immanencia subjetiva olvidar aquellos fenómenos que ella misma experimenta y genera. Cuando contemplo un fenómeno tal como el brillo de la luna, el acto de percepción de este fenómeno externo oculta tanto la condición de posibilidad ontológica que lo torna posible (el horizonte fenomenológico del Ser originario) como la captación de la propia conciencia trascendental inmanente que ejerce, en última instancia, tal

22. *Ibidem*, p. 372.

23. *Ibidem*, p. 373.

acto perceptivo. Pero, como apunta Henry, «*La definición de la existencia como escape de sí implica lo que niega: la inmanencia es su presupuesto consciente*». <sup>24</sup> De este modo, si es el pensamiento el que tiende a soslayar y olvidar sus propios fenómenos, es también él mismo el agente susceptible de propiciar la rememoración efectiva de éstos. La posibilidad misma de un “Re-memorial” filosófico de la “esencia” muestra claramente el carácter positivo de su olvido y la efectividad de aquello que el olvido oculta. En el propio pensamiento olvidadizo de sí y dirigido hacia la percepción de la exterioridad “objetiva” surge «el sentimiento de que esta captación, a causa de la dirección que toma, no es exhaustiva: algo se ha perdido, algo esencial que se trata de recuperar»: <sup>25</sup> el horizonte de la inmanencia pura como esencia original de la manifestación. La propia posibilidad de la ontología en cuanto tal descansa sobre la paralela posibilidad de ese “Re-memorial” que recupera la “esencia” inmanente de su “natural” pérdida en el horizonte de la objetividad mundana.

#### 4. Conclusión

El ejercicio rememorativo efectuado por Henry en *La esencia de la manifestación* y en su obra posterior reviste, como indicamos al comienzo, el mérito de rescatar del olvido de forma simultánea el horizonte fenomenológico universal del Ser y la inmanencia subjetiva trascendental que se muestra como última condición del aparecer de todo fenómeno. <sup>26</sup> Al identificar en último término ambas instancias, el “Re-memorial” henryano logra reconquistar de un solo golpe el fundamento fenomenológico último de toda posible manifestación. Y ello prescindiendo de escindir, al modo tradicional, el aparecer del Ser y la donación de la inmanencia subjetiva. He aquí el pasaje decisivo al respecto:

Con la determinación de la posibilidad fundamental de la esencia como la posibilidad que ella tiene de llegar ella misma a sí, es la estructura interna de la esencia, *la estructura originaria del ser mismo*, lo que se halla descrito y captado por la problemática. En efecto, sólo sobre el trasfondo en él de esta estructura en la que la esencia se recibe ella misma originariamente en la inmanencia, el ser es susceptible de unirse

24. *Ibidem*, p. 378.

25. *Ídem*.

26. En referencia al descubrimiento de esta última, Henry escribe: «*Ainsi se trouve mise à nu une première dimension d'expérience où ce qui doit être compris comme le Fond de la Psyché s'éprouve soi-même dans une immédiation radicale, avant la "relation" à un "ob-jet", avant le surgissement d'un monde et indépendamment de lui*» (Henry, M.: *Auto-donation. Entretiens et conférences*. Paris: Beauchesne, 2004 p. 99.

a sí mismo y de ser así lo que es -sólo así el ser es susceptible de ser.<sup>27</sup>

De esta forma, la donación del Ser no comparece en términos de simple dato muerto y terminado, sino como un acontecimiento que recibe su ser del ser de la inmanencia, de la “esencia”. Esta unidad entre el darse de la inmanencia y la donación del Ser tampoco aparece como un acto de mera facticidad acabada e inmóvil, sino como una unidad dinámica que se consume merced a un esfuerzo y un cumplimiento. La posibilidad misma de que el Ser acceda de modo originario a sí mismo pasa por la consumación de este esfuerzo, de este obrar fenomenológico en virtud del cual se cumple efectivamente “la obra interior del Ser”.

## Referencias bibliográficas

Fernández, J. R.: “El problema de la noción de inmanencia en Michel Henry” en *Daímon. Revista de Filosofía* Suplemento1, 2007, pp. 165-172.

García Jarama, J. C.: *Finitud, carne e intersubjetividad. La estructura del sujeto humano en la fenomenología material de Michel Henry*. Toledo: Instituto teológico San Ildefonso, 2007.

Heidegger, M.: *Parménides*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1992.

Henry, M.: *La esencia de la manifestación*. Salamanca: Sígueme, 2015.

Henry, M.: *Phénoménologie de la vie II: De la subjectivité*. Paris: PUF, 2003.

Henry, M.: *Auto-donation. Entretiens et conférences*. Paris: Beauchesne, 2004.

Lipsitz, M.: “Ontología y fenomenología en Michel Henry” en *Enfoques: revista de la Universidad Adventista del Plata* 2, 2005, pp. 149-158.

Lipsitz, M.: “Michel Henry y la crítica del intuicionismo” en *A Parte Rei. Revista de Filosofía* 10, 2000, pp. 1-5.

O’Sullivan, M.: *Incarnation, Barbarism and Belief. An introduction to the work of Michel Henry*. Bern: Peter Lang, 2006.

27. Henry, M.: *La esencia cit.*, p. 272.

